

editorial

La posverdad está en el aire de los tiempos. Nos interpela desde la trama mediática y los más siniestros relatos del poder político. Nos fuerza a pensar, como se vio en el número pasado de *Ideas, revista de filosofía moderna y contemporánea*, cuando fue uno de los ejes del debate en torno a *Los espantos*. No es, por cierto, un concepto reciente. No surgió como un rayo en este tramo del siglo XXI. Podríamos rastrear fácilmente su génesis por lo menos hasta los sofistas de la antigüedad. La sentimos resonar en la célebre fórmula nietzscheana “no hay hechos, sólo interpretaciones”. La vemos latir en los mejores logros de la filosofía del siglo XX. Hay indudablemente algo de verdad en la posverdad, como hubo falsedad en los relatos de lo verdadero.

La cuestión se ha vuelto sin embargo urgente y actual. A nivel global, la posverdad es uno de los elementos que horadan sin cesar y hacen crujir el modelo hegemónico de legitimidad política: la democracia. En el griterío de los medios, en las redes sociales y en el discurso de la mayoría de los políticos, se equiparan interpretaciones del más desequilibrado nivel epistemológico. El reino de las pasiones (sobre todo esperanza y temor) constituye el ariete de batalla de todos los partidos políticos –o casi todos– y nadie duda de que son un elemento indispensable para cualquier éxito electoral. Las urnas reflejan este estado de confusión. Cualquier resultado puede surgir a la hora del escrutinio. Resultados que a veces nos aterran, como el triunfo de las derechas liberales, los nacionalismos y las ultra-derechas. Pero también algunos que nos alegran, o supieron alegrarnos, como el surgimiento de los gobiernos populares en América latina.

Los votos –a veces sólo por un puñado– definen en un comicio el destino de países, y quizás de la humanidad toda. Lo cuantitativo se hace cualitativo. ¿Cuáles son las causas que operan detrás de estos fenómenos? ¿De qué son síntomas estos resultados? ¿Hay hechos concretos o solo interpretaciones?

A nivel local, en la Argentina donde se edita esta revista, la posverdad articuló claramente el discurso oficialista en torno a la desaparición forzada de Santiago Maldonado. Se buscó deliberadamente diluir el accionar de la gendarmería entre una miríada de interpretaciones posibles (más allá de su falta de verosimilitud, sus rasgos delirantes y la falta de respeto al dolor de sus familiares y gran parte de la ciudadanía). La desaparición de Santiago Maldonado marcó el punto en el cual la violencia –que, señalábamos en el número pasado, es uno de los rasgos constitutivos de este trágico proceso político– cruzó un umbral irreversible. El proceso político se reveló como un proyecto férreo de disciplinamiento y homogeneización, que intenta sellar las fisuras y tornarse hegemónico de modo unilateral y despótico. La pregunta *¿dónde está Santiago Maldonado?* buscó silenciarse por todos los medios. La violencia física (la represión, las balas, los gritos) y la discursiva (el encubrimiento, las calumnias, tanto por parte de *trolls* anónimos como de figuras centrales del equipo de gobierno) fueron salvajes. El efecto es claro: las fuerzas de seguridad y los individuos de a pie se encuentran empoderados para dar rienda suelta a las acciones y palabras más violentas. En esta alianza entre la posverdad y la violencia, la célebre sentencia nietzscheana parece legitimar una realidad ominosa.

Se trata entonces de pensar los *límites de la posverdad*. Hacen falta criterios para que el estado de derecho se mantenga. Es decir, que la justicia no sea un privilegio de los ricos y poderosos, y que la seguridad esté garantizada para todos los argentinos: también para los jubilados que protestan, los docentes que quieren sueldos dignos, los desocupados que luchan por su pellejo, los mapuches que reclaman por sus tierras, los jóvenes que protegen su derecho a educarse y las lesbianas que se besan en la vía pública. Nos negamos a admitir que esos *derechos* tienen el mismo estatus ontológico que las fantasías nocturnas de los empleados del *call center* donde se construyen las realidades virtuales, como nos negamos a admitir que 30.000 sea sólo un número de disputa cuantitativa, como nos negamos a admi-

tir que la desaparición y posterior aparición sin vida de Santiago Maldonado sea una cuestión de interpretación. Tal es nuestra responsabilidad, como filósofos y ciudadanos.

La cuestión es plenamente filosófica y, por ello, dista de ser sencilla. Si la posverdad es vieja como los sofistas, la lucha contra ella es antigua como Platón. Parece, es cierto, poco factible seguir sosteniendo la verdad como algo que existe de manera eterna e inmutable en un ámbito inteligible. Sin embargo, entre la posverdad como negación de un núcleo último de verdad y superposición infinita de capas de apariencia, y la verdad como instancia objetiva, pasible de ser descubierta y verificada por un presunto sujeto universal, se abren una infinidad de matices. Es sin duda posible construir una noción de verdad a partir de criterios no dogmáticos, que no existen en el cielo imperturbable, sino como resultado de un proceso racional encarnado. Una verdad que sea el producto de la actividad de pensar. Que atienda a lo real, pero sea capaz de fundar el valor y tener una relación privilegiada con lo que acontece. La coherencia, la consistencia con las huellas, podrían ser sus rasgos característicos.

Esta verdad que postulamos no es ajena a la *crítica* de la verdad. Sabemos que “verdad” ha sido el modo en el cual los fuertes llaman a la interpretación que imponen con su violencia. La crítica al relativismo como indiferentismo no implica ignorar la *relativización*. No es cierto que nada vale, que *nuestro* valor no necesita valer. Los valores se construyen, pero no por ello nos son indiferentes. Existen valores *inmanentes*. Las interpretaciones no son *hechos*, pero tienen potencia, efectos y habilitan determinados modos de vida. Con cada relato, cambia nuestro modo de vida. Y eso es lo que se trata de evaluar. ¿Cómo es mi vida ahora? ¿Cuál era mi capacidad de actuar en el seno de aquel otro relato? Hay formas de vida en disputa, y por eso el conflicto permanece siempre viviente: el *polemos* es el sentido de la política y quizás, incluso, el alma misma de la cultura occidental. El marketing vende un fin del conflicto, cuando el *drama* de la existencia es la vida misma. No es extraño entonces que la lucha ensañada por eliminar el conflicto decante una y otra vez en violencia, persecución y estigmatización.

La *posverdad* es hoy el modo en el cual los poderosos imponen su interpretación (sin perjuicio de sostener, al mismo tiempo, una fe positivista en la verdad de las teorías económicas liberales y la legitimación última del valor por el mercado). El *desfondamiento*

los favorece, como alguna vez las tiranías se pararon en un *fundamento*. El efecto de la continua producción de interpretaciones sin sustento es el olvido y el desgano. Pero no podemos dejarnos arrastrar por ellos, ni por la violencia con la que se sostiene la supuesta eliminación del conflicto. Tenemos que sostener la memoria y el derecho a vivir mejor. Las Ideas son armas indispensables en esta larga batalla por el sentido. Producirlas es una tarea estratégica. Ponerlas a circular y darles consistencia como aperturas a otros modos de vida, una lucha incesante. Se trata de tejer, de urdir las tensiones en aras de unidades y movimientos, de ideas que generen nuevas realidades a partir de reivindicaciones básicas que creíamos aseguradas. Hacen falta Ideas que enamoren, que imanten, que amalgamen, que enciendan la potencia de obrar del pueblo, para enfrentar el marketing y la violencia del poder económico global. Tal es la tarea urgente que anima la labor cotidiana de quienes hacemos esta revista.

Ideas, revista de filosofía moderna y contemporánea